



LAS VIVAS

JUANA
CORTÉS AMUNARRIZ


ESPASA

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

LAS VIVAS



© Juana Cortés Amunarriz, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.519-2024
ISBN: 978-84-670-7270-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Huertas, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain



DÍAS DE LOCOS

Caminaba delante, con paso ágil, mientras su hermana la seguía a trompicones. Arancha pensaba en sus cosas. Había empezado septiembre y se sentía en la luz, en el aire más fresco y en las nubes que se acomodaban sobre la falda del monte por las mañanas. Faltaban tan solo unos días para las fiestas. Y luego llegarían las lluvias. El mundo parecía otro en otoño, cambiaba, se volvía gris y se vivía hacia dentro, buscando el refugio de las casas y el fuego de las chimeneas. Esperaba que para entonces hubieran recuperado el orden, la tranquilidad, tras aquellos días locos en los que habían pasado tantas cosas.

—¡Arancha!

Y entonces ella se trasladaría a Madrid para empezar sus estudios de Enfermería. Y una vez más el vértigo al pensar en la distancia que había entre Fuenterrabía y la capital: quinientos kilómetros. El vértigo frente a la curiosidad y la ilusión por los cambios que la esperaban, una nueva vida. Sin em-

bargo, el presente exigía toda su atención; antes de marcharse había cosas que solucionar.

—Espérame, Arancha.

Se volvió. Su hermana llevaba un vestido azul que había sido de ella y le quedaba un poco grande. El vestido le recordaba a la infancia, a saltar a la cuerda en la plaza. *Al pasar la barca me dijo el barquero, las niñas bonitas no pagan dinero.* Se detuvo a esperarla.

La pequeña resopló al llegar a su lado.

—¡Vas muy rápido! —protestó.

Carmen estaba paliducha, pero el rubor de sus mejillas, producido por la fiebre de los días anteriores, había desaparecido.

—Perdona... —se disculpó Arancha y le dio la mano—. Igual hubiera sido mejor que te quedaras con la tía Nati.

—Estoy aburrída de estar en casa. Y la tía me hace beber unas hierbas asquerosas.

—Es para curarte. Ella sabe de esas cosas.

—Ha intentado que me comiera un ajo en ayunas.

Arancha se rio.

—No te rías... ¡Qué asco! ¿Te gustaría a ti comerte un ajo crudo? —Nati y sus cosas...—. ¡Arancha! ¡Que no vayas tan rápido!

Aquellos días que había estado enferma, Carmen no había dejado de exigir atención y mimos.

—¿Es verdad que ahí se escondía la gente durante los bombardeos? —preguntó la niña señalando las murallas.

Arancha vio los agujeros. Imaginó a la gente asustada, guareciéndose allí, pegándose a la piedra hasta confundirse con ella. «Eso es lo que hace el miedo —pensó—. Te empuja, te hace convertirte en piedra o en cualquier otra cosa que sea más resistente al terror».

—Eso dicen —contestó.

—¿Tú lo viste?

Las dos primeras bombas cayeron el día 3 de septiembre de 1936, una de ellas cerca de las escuelas Viteri, en ese momento hospital de la Cruz Roja. Dijeron que había muerto un camillero y que había varios heridos. Pero no fue hasta el día siguiente, mientras se incendiaba Irún, cuando tuvieron lugar los bombardeos más importantes sobre Fuenterrabía. El objetivo era una batería situada en Miranda Enea y un torpedero fondeado en el Bidasoa. Pero las bombas caían por todos lados. El corazón de Arancha latía como un pájaro asustado, un mirlo que quisiera escapar de su pecho. *¡Ama! ¡Aita!* El ruido de la cántara metálica al golpear el suelo. La leche formaba un charco que la tierra absorbía lentamente.

—¿Lo viste o no?

—¿Yo?

El embarcadero estaba lleno. Cientos de personas esperaban para pasar a Hendaya bajo la lluvia persistente. Algunas con equipaje, otras solo con lo puesto. Se apretaban, se empujaban, a ratos habla-

ban todas a la vez y otros reinaba un extraño silencio. La mano de Miren la agarraba con fuerza, no fuera a perderla entre el gentío. Los más impacientes saltaban los primeros a las barcas. Esperaron a que le hicieran un hueco a Miren y a su gran tripa.

—No, yo no vi nada —dijo Arancha.

Carmen parecía decepcionada.

—Si cayeran bombas, yo correría y correría... Correría mucho, más que los aviones... Y me escondería. Y...

—Anda, cállate ya —le dijo Arancha.

Carmen se soltó de su hermana y echó a correr hacia El Faro.

—¿Pero tú no estabas cansada? —le gritó Arancha.

Su hermana la ignoró y entró en el restaurante, convertida en una mancha azul que desapareció tras la puerta.

EMILIA Y LA VISITA

Tras verlo en la distancia, fue a su encuentro. Los últimos días habían sido tranquilos, si se los podía llamar así. Porque realmente no había tranquilidad cuando los árboles veían y escuchaban. Cuando la noche se llenaba de gritos, de ladridos y disparos. De hecho, no había vuelto a haber tranquilidad desde que la habitación del fondo estaba vacía.

La brisa hacía que el vestido se pegara a su cuerpo mientras cruzaba la pradera. El hombre se acercaba a su vez con paso firme.

—Buenos días, Emilia —dijo mirando hacia atrás con disimulo.

Él era más joven que ella, aparentaba unos treinta años. El pelo largo y oscuro se le rizaba en la nuca, y aquel detalle contrastaba con la dureza de su mirada.

—Buenos días. ¿Cómo te va?

—Tirando —dijo encogiéndose de hombros—. Esperemos que lleguen pronto tiempos mejores para Francia.

—En eso confiamos todos. ¿Qué te trae por aquí?

—Traigo un recado de Odette. Quiere verte. —Emilia asintió—. Y digo yo que un conejo sería una buena excusa si me paran en el camino de vuelta.

—Una excusa y algo para llenar la cazuela —le dijo Emilia sonriendo.

Se dirigió a la zona donde tenían las jaulas; el hombre la siguió. No tardó más de unos minutos en coger a uno de los animales y desnucarlo de un golpe seco contra la pared.

—Toma.

El hombre cogió el conejo por las orejas y observó la cabeza aplastada. Tenía una mancha de sangre en la boca. Lo sostuvo pegado a su pierna derecha.

—Prefiero que te lo comas tú a que se lo lleven los alemanes si vienen a por provisiones.

—Gracias, Emilia.

—Iré pronto a ver a Odette.

—No tardes. La paciencia no es una de sus virtudes.

Emilia esperó a que el hombre se fuera para regresar al caserío. Subió a la cocina que estaba en el primer piso. Antoine arreglaba unas alpargatas; forraba el interior del calzado con cartón y papel. No levantó la cabeza, por lo que Emilia dedujo que estaba contrariado.

Se acercó a la cocina de carbón donde hervía un puchero. Abrió la tapa y una nube de vaho se extendió ante ella.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó Antoine.

Emilia se volvió. Su marido se esmeraba en fortalecer aquel calzado ya gastado. Sus manos eran grandes; había trabajado la tierra toda la vida. Él ya había cumplido los cincuenta, era tres años mayor que ella. Sin embargo, todavía tenía buen porte y se movía con agilidad.

—Quería un conejo.

El marido alzó la mirada y la observó fijamente.

—Emilia...

—Solo quería un conejo y se lo he dado. Nada más.

Antoine suspiró.

—¿Qué te ha dicho?

—Si no quieres que te mienta, es mejor que no preguntes —dijo la mujer con paciencia.

Él se levantó, dejó las alpargatas sobre una silla y se asomó a la ventana. Desde allí se veía a lo lejos el pueblo de Urrugne, la iglesia con el frontón a un lado. También la montaña más imponente de aquel hermoso paisaje del País Vasco francés, Xoldokogaina. Respecto al visitante, ya no había rastro de él.

—Eso que haces es peligroso —dijo Antoine sin volverse, observando las nubes grises que cubrían el cielo.

Claro que era peligroso. Los alemanes estaban en cada pueblo, en cada ciudad. Tenían sus espacios propios, sus lugares de encuentro, bien señalados con las cruces gamadas. Lo controlaban todo.

—Hasta ahora has tenido mucha suerte —dijo Antoine dándose la vuelta—. Pero...

Emilia permanecía con los brazos cruzados. Antoine tenía razón; había tenido la suerte de su lado, no como otros.

—Tienes que dejarlo. —Ella suspiró. No era tan fácil—. Di que no, que no puedes... Ya hemos sufrido bastante en esta casa.

«Pero ahora es más necesario que nunca», pensó Emilia.

—A menudo pienso en Raphael —susurró.

Su marido fue incapaz de sostenerle la mirada. Escuchar aquel nombre le había producido un escalofrío.

—Me gusta creer que, si le hizo falta, a él también lo ayudaron —dijo Emilia.

Antoine carraspeó, pero no encontró palabras para responderle.